

*DE RASTROS Y ENCANTES*



JOSÉ CARLOS CATAÑO

# *De rastros y encantos*



SEVILLA 2011

SERIE: Literatura

NÚM.: 117

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino

*(Director del Secretariado de Publicaciones)*

Carmen Barroso Castro

Jaime Domínguez Abascal

José Luis Escacena Carrasco

Enrique Figueroa Clemente

M<sup>a</sup> Pilar Malet Maenner

Inés M<sup>a</sup> Martín Lacave

Antonio Merchán Álvarez

Carmen de Mora Valcárcel

M<sup>a</sup> del Carmen Osuna Fernández

Juan José Sendra Salas

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

© Secretariado de Publicaciones  
de la Universidad de Sevilla, 2011

PORVENIR, 27 • 41013 SEVILLA

TEL.: 954 487 447 • 954 487 452 • FAX: 954 487 443

secpub4@us.es • www.publius.us.es

© De los textos y las fotografías, José Carlos Cataño 2011

TIPÓGRAFO: Alfonso Meléndez

ISBN: 978-84-472-1383-2

DEPÓSITO LEGAL: S-1.333-2011

Impreso en España - Printed in Spain • Impreso en papel ecológico

IMPRESIÓN: Imprenta Kadmos s.c.l. (Salamanca)

## PRÓLOGO

*Para Carmina de Luna,  
entre rastro y encanto la presencia.*

**A**L FONDO de la plaza del Adelantado en San Cristóbal de La Laguna había una casa escondida entre los laureles de Indias. Junto a la casa se encontraba la ermita de San Miguel Arcángel, una de las primeras en la isla de Tenerife desde que se erigió en el siglo XVI.

El frontis daba a la plaza, y todo el largo que escapaba a su perímetro continuaba a través de un muro de adobe y piedras, de mediana altura, por un callejón de tierra y guijos que moría en la trasera de la iglesia de Santo Domingo, a la vista del drago inmemorial en la huerta del Seminario.

Solo había otras cuatro casas con la fachada abierta a la plaza del Adelantado, la casa donde dicen que nació José de Anchieta en 1534, que funcionaba en mi niñez como residencia para señoritas, la de los marqueses de Celada, el bar de la familia del futuro pintor Luis Palmero y la vivienda de un operario de la Unión Eléctrica de Canarias, a la cual se le arrendaban unas dependencias que formaban parte de casa, alledañas con la ermita de San Miguel.

Después de atravesar el zaguán y la puerta de entrada, que estaba rematada con una celosía de vidrios rojos, blancos y verdes, se avanzaba por una planta a cuyo término aparecía la escalera principal, que desembocaba en la galería alta, donde transcurría la vida doméstica. Pero antes de llegar a los peldaños alfombrados, sujetos con varillas de metal bruñido, nos encontrábamos, a mano izquierda, con la puerta abierta a un patio de baldosas ajedrezadas, y a mano derecha, la habitación muda.

De cruzar el patio daríamos con una puerta verde, el jardín a espaldas, los senderos de zahorra colorada, y enseguida una huerta poco menos que salvaje, que corría paralela al barranco de Santos y a la vista de la colina de San Roque. El barranco, también conocido como barranco de la Carnicería, por la recova o mercado de las inmediaciones, bajaba desde el monte de Las Mercedes por el nordeste hacia el Atlántico. Yo divisaba más que el mar, los ensueños y las distancias que tremolaban por encima, subido al níspero en la esquina más protegida del jardín.

Hacia la mitad de la planta baja, de espaldas al patio y a lo que seguía detrás, solo quedaba, además de un lavabo y de mi cuarto de estudio, la habitación muda, cuyo acceso estaba terminantemente prohibido.

Estamos hablando de 1966, y yo tenía doce años.

La puerta de la habitación muda estaba pintada de marrón, a lo grueso, por lo cual los goterones que había dejado la brocha se mezclaban con la resina que supuraba la madera. La cerradura era negra, siempre cerrada y sin llave. Por encima del dintel de la puerta había una ventanilla abatible con tres vidrios esmerilados. Era tan alta, que hubiera necesitado una escalera para mirar al través y averiguar qué se escondía al otro lado. Me limitaba a aguzar la vista por el ojo de la cerradura. Sin embargo, como yo estaba en casa a menudo solo, un día me hice con la llave y abrí la puerta. Me pasó la tarde trepando y deslizándome por montañas de libros. En algunas zonas, los restos de aquella biblioteca fabulosa tocaban el techo. Al rato empecé a sentir asfixia y salpullidos en la piel. Traté de subir a lo más alto y forzar el tragaluz que me permitiese tomar el aire de la plaza, pero no lo conseguí y me derrumbé sobre los libros, los mapas iniciales de las Islas Canarias, los legajos de cartas, los cuadernos íntimos.

Lo que de veras me apenó fue que los libros me provocasen alergia, una alergia que no he vuelto a sentir, aun metiéndome de cuerpo entero entre masas de papel enmohecidas, sin duda más tóxicas que aquellos ejemplares inocentes, presos y asustados ante

mi presencia. Así y todo, cada vez que me quedaba a solas, abría la puerta, y mientras sanaba las herrumbres del papel con polvo de talco, me asfixiaba y mi piel se ronchaba. A medida que se hicieron más frecuentes las visitas, la habitación, como para resarcirme, comenzó a perder su mudez, puesto que me mostraba a los libros que dialogaban entre ellos.

Yo no sabía de qué hablaban los libros. Pero me parecía suficiente que, mientras les acariciaba las tapas, les taponaba los agujeros con que los herían las polillas o sencillamente los miraba con las manos caídas, los libros siguieran hablándose como cuando no había nadie en la habitación. Un poco antes de cumplir los catorce, el penúltimo día de agosto de 1968, tuvimos que dejar la casa natal y volver a empezar en un piso moderno. La planta baja la habitaba una familia numerosa. La prole, en el patio, se enardecía y gritaba a las órdenes de una voz afeminada. En el piso moderno volví a hacerme con las llaves. Siempre a escondidas, las expediciones procuraban rescatar el mayor número de volúmenes sin levantar sospechas. La casa antigua quedaba ahora aislada, oscura, en silencio, entre la plaza del Adelantado y el barranco de la Carnicería, la maleza de la huerta avanzando, rompiendo las baldosas del patio, los suelos de tea.

Como un San Miguel de los seres alados, un Hermes mensajero, conservador y cleptómano, un San Cristóbal que cruza las aguas, yo ocultaba lo que podía de aquella biblioteca entre mis libros en el piso nuevo, media docena de ediciones de bolsillo cuya lectura solo se me permitía en vacaciones. Pero no voy a hacer pormenor de los libros perdidos, de los rescatados. A estos últimos les di asilo en la tercera y última casa que tuvimos en La Laguna a partir de 1970, otra vez enteramente nuestra, dos plantas pequeñas pero silenciosas y acogedoras, con terraza, y mi flamante estudio de pintura con vistas a San Roque. No voy a hablar de los libros que pudieron seguirme cuando me marché de la isla a finales de septiembre de 1974 con el pretexto de estudiar en Barcelona, de los libros que me iba llevando cuando regresaba

por vacaciones, siempre unos pocos porque yo quería volver algún día y ellos, mientras tanto, hacían las veces del hogar que me esperaba. No voy a referir el desaliento cuando oía hablar de los hurtos que se cometían en la propiedad y que continuaron hasta que, sin que nadie me diera aviso, mi casa natal fue derribada. Mi padre –según parece– logró sacar poco antes lo que pudo del mobiliario y de la biblioteca, y lo encerró en la finca de invernaderos de rosas, en el Llano del Moro. Un día de julio de 1975 o 1976 –pasaba el verano en Tenerife– crucé por la plaza del Adelantado y entre los laureles de Indias noté un golpe de claridad insoportable, un hueco, y enseguida los agaves, las tuneras, los eucaliptos subiendo por la colina de San Roque. Nunca he querido saber qué libros se perdieron.

También en Barcelona, a lo largo de más de treinta años, ha habido pérdidas. Pero eso ya forma parte de otras vidas sucesivas, que no aseguraré que fueron mías, tanta es la extrañeza que me producen. No tienen, con todo, la resonancia de la biblioteca de la casa natal. Como a muchos les ha pasado, me he quedado repetidamente sin libros por esto y por aquello, y he tenido que librar cajas, no una vez, sino dos y tres, para vender a los trapeeros, a los tasadores de papel, a los que arramblaron con objetos, mis dibujos y los cuadros regalados, por cuatro duros y sin decir ni mu. Supongo que lo vaciado acabó apareciendo en el arbolón de los Encantes.

Como cualquier estudiante universitario muy alcanzado de dineros, desde mi llegada a Barcelona frecuenté la Feria de Bellcaire o Encantes Viejos y el Mercado del Libro Viejo de San Antonio, que así en castellano se conocían. Sin embargo, eran aquellas visitas esporádicas en busca de una edición barata, de un trapo o de una prenda estrafalaria, pero sin tener conciencia de que en los montones a la intemperie se encontraba la verdadera universidad, el auténtico presente al que vienen a dar las épocas, las vidas, las literaturas distintas. O bien acudía con un fin muy concreto, pues en los Encantes, y en las almonedas que existían en el Ensan-



che barcelonés, adquirí las lámparas, los cabezales, los aparadores, las consolas, los espejos para vestir mi primera casa de alquiler, y mi primer escritorio, que me siguió de mudanza en mudanza hasta que llegó la última y tuve que prescindir de él.

Mucho tiempo tuvo que pasar para que se me ocurriera volver a los Encantes, y a Sant Antoni, ya no por necesidad o entretenimiento, sino por el entusiasmo de la única disciplina que es capaz de sacarme de la cama, del cansancio, del desaliento, como a un niño chico lo pone en pie la aurora y sus regalos.

Nunca he ido por libros porque sí. Quiero decir, nunca he tenido afán de acumular. Más bien me enardece el soberano placer de tirar. Temporadas ha habido —o así se me representa ahora— en que apenas leía y menos compraba en librerías de nuevo. Al entrar en ellas ya me irritaban la mercadotecnia, las recomendaciones, los clientes tan serios en su papel de ciudadanos responsables, libres y comprometidos. Con las librerías de lance era distinto. Por ellas podías pasear sin tropezar con las listas de los más leídos y de los imprescindibles según un coro de intelectuales majaderos. La última vez que ejercí la docencia, como en ocasiones disponía de tres y cuatro horas entre clase y clase, salía a mirar los escaparates y a las masas, y a veces me internaba por la calle Tallers y pasaba el rato en la Librería Cervantes. O cruzaba la Gran Via, subía por Aribau y me detenía en los locales con precios asequibles, y bajaba por Muntaner y hacía lo mismo. Hallaba títulos de Las Mejores Poesías (Líricas) de los Mejores Poetas, con tapas de Antonio Ballester. Entonces me parecían toscas; hoy me dan grima. Como tiraba mucho de lo exógeno, dar con poetas como Hrand Nazariantz o Sándor Petofi me turbaba de placer. Eso, y algún Nietzsche de la casa Maucci que hiciera de tónico a primera hora de la mañana.

Algunas aventuras de libros de lance aparecen en *Los que cruzan el mar. Diarios, 1974-2004*. No será ahora la única vez que siento que algunos episodios que reflejan *De rastros y encantos* podrían aparecer consignados en los diarios actuales. Todo es vida mía

cotidiana, los libros, los vencejos y las gaviotas, las gentes, los encantamientos y lo contrario, la precariedad, las estelas y los rastros, la sensación de muerte, la gloria y el rompimiento, como si yo mismo fuese aquel volumen retorcido por los hongos o el que amanece en un charco de lluvia y al que pretendo salvar.

Probablemente debería de haber subtitulado *De rastros y encantantes* como «diario de libros». No importa. Quizá el lector se dé cuenta de que se trata de eso, de un diario donde lo de menos son la exhibición de datos eruditos, el alarde de piezas rarísimas, el coleccionismo, y lo de verdad, la vida en torno a los libros que uno va encontrando. O que le salen a uno al encuentro, que todavía no sé bien cómo es el fenómeno.

Como diario, se le ha suprimido sin embargo la cronología, porque no me parecía significativo datar los últimos once años de rastreos, epifanías y páginas pasadas. Tiempo sin tiempo, único, universal, simultáneo, esa es finalmente, creo yo, la sustancia de la que se acompaña el libro. Además, he querido dotarlo de la cadencia de una novela, algo parecido a una exposición, un nudo, un desenlace, aunque sepamos que los desenlaces, salvo en la existencia, no existen. El trabajo de buscar libros no tiene fin, en principio. Prosigue hasta que uno ya no esté, y parece mentira que lo haga sobre capas de papel que no suelen augurar nada extraordinario, hasta que llega la sorpresa, como la de encontrarme un ejemplar de este propio libro algún día.

Los Encantes de Barcelona, tal y como los hemos conocido, tienen las horas contadas. Después de haber sido uno de los rastros más antiguos de Europa, se le busca otro emplazamiento, y más orden productivo y, sobre todo, techumbre, algo que repele a unos cuantos. Lo mismo le sucede a Sant Antoni. Emprendidas las obras de remodelación del antiguo mercado de 1882, ya se observan en la calle las estructuras que soportarán la marquesina, bajo la cual los libreros y nosotros, los locos del alba, nos apretaremos a partir del 24 de julio de este año de 2011. Un techo, una carpa metálica no serán capaces de eclipsar nuestros sobresaltos, sin

contar con que mundos hay muchos, y vueltas, en las que perderse en busca de lo imprevisto, muchas más.

Mis rastreos de libros no pretenden restituir la biblioteca original. Ya, no. Alguna vez lo creí. Ahora no. Ahora tampoco siento que un conjunto de libros haga las veces del hogar que espera a que regrese. Prefiero no pensar ni en anclas ni en retorno. Prefiero seguir por la senda del tártaro. Por la senda del tártaro, un día u otro podrás abandonar la biblioteca actual, su incesante metamorfosis, y no pasará nada. Podrás retomar en cualquier momento la tarea de rescatar libros de su condición cediza, si los tomamos por carne que empieza a corromperse, pero contando solamente con el entusiasmo del cielo abierto. ¿Que ya no hay vetas de libros? Es posible, pero tampoco pasa nada. A veces los veteranos confiesan que los buenos hallazgos ocurrieron hace tres décadas. Tal vez tengan razón. La que pudo tener Azorín cuando se quejaba de lo mismo a principios del novecientos. O nosotros, si hemos de confesar a los venideros que atrapamos por sesenta céntimos, con el rehílo en las manos, la edición Léon Vanier de las poesías completas de Jules Laforgue.

A fin de cuentas, hay que acercarse a las cosas por apetito y alejarse de ellas por repugnancia. Eso decía Lezama Lima, y es de lo poco que me sigue gustando en él.

Tengo la sensación de que *De rastro y encantos* todo él es prólogo. Este preliminar podría colocarse más adelante, y cualquier anotación de las que vienen después, ocupar su puesto. Los merodeos tienen eso, una condición prologal. De lo que se trata es de aproximarse. Si el oleaje se rinde en la orilla lo hace para marchar seguidamente hacia altamar. Lo nuestro, aquí como en otra clase de escritos, son tentativas de abordaje, cercos en torno a un horizonte que en cuanto se roza desaparece.

Mientras tanto, he aquí la magia a la que sucumbimos en el zoco, sobre las tablas, en los anaqueles de una librería-papeleería que liquida el género, en esa bolsa de libros junto a un contenedor de basura, en la repisa anodina de un bar o un hotel con

libros. Es una magia, para nosotros, única. Sin embargo, el encuentro casual tiene que cimentarse en una perdurable memoria; de lo contrario no será sino flor de un día. Los libros que se cimientan en nuestra sangre los hemos ido encontrando en Murcia, Santiago de Compostela, Valencia, Sevilla, Las Palmas de Gran Canaria o Cuenca. En los viajes a los que nos conduce la vida, a veces como de milagro, llámense Montevideo, Ciudad de México, Jerusalén, Belgrado o Londres. Los hemos encontrado, pero en donde les hemos dado alojamiento se mantienen dialogando entre ellos, como sucedía en la biblioteca vaciada en la habitación muda, solo que ahora nosotros también entramos en el diálogo.

Quiero expresar aquí mi agradecimiento a Meme Cataño. Con una generosidad muy discreta, como la de quien pasa de largo sin «teatrlerías» —eso que detestaba Romero Murube—, me ha dejado su casa en este pueblo de las estribaciones de la Sierra Morena, para que en su luminoso silencio pueda repasar *De rastros y encantos*. Aquí lo doy por terminado, tan cerca de la Huerta Cataño, que fue la casa de mis abuelos paternos, a la que venía de niño y tantas veces después. Me acompañan cientos de aviones, de golondrinas, de vencejos, como es de mi gusto. Bajo este azul de junio, que fue también el de mi infancia, cuando el barco subía de Tenerife por el Guadalquivir hasta Sevilla. Cuando yo aún desconocía que este azul del cielo iba a ser también el azul de los libros que salvaba.

*El Pedroso, 20 de junio de 2011*

\* \* \*

#### S O B R E   L A S   F O T O S

Las fotos del cuadernillo fueron realizadas en los últimos once años. Suelo moverme de aquí para allá con una cámara de bolsillo. Cuando

se trata de libros, del entorno en que aparecen, la instantánea se comporta como una libreta de notas. Hay libros que me llaman la atención porque se adornan con una dedicatoria, un exlibris, o porque guardan un billete en desuso, una carta pretérita, por no hablar de las cubiertas, las viñetas y las bellezas tipográficas. Los apartados de exlibris y dedicatorias son numerosos en mis archivos fotográficos. Estos, a su vez, superan el millar de imágenes. No es un dato relevante. Por necesidad, en *De rastros y encantos* he hecho una selección que me ha servido para reconsiderar los resultados y tratar de ser implacable con lo fotografiado. Cuando el contenido de este diario de libros aparecía en internet, las notas se acompañaban de una o más fotos. Si el volcado de la materia digital al papel ha supuesto que su contenido tome conciencia de libro y se articule en un discurso narrativo, las imágenes, en el proceso de depuración, también han experimentado cambios sustanciales. El más notable, el de pasarlas a blanco y negro. Los bitones han sido decisivos a la hora de elegir unos temas según sus líneas de fuerza. Todo esto veo que me emplaza a tratar de la «pretensión». Sin desmesurarme, creo que con una cámara de bolsillo o con una cámara profesional la pretensión puede ser la misma, aunque no los resultados. Para decirlo de otra manera, en lo que ha durado el proceso depurativo, he visto que las fotos no ilustraban al texto ni el texto a las imágenes. Conviene que insista en que la mayoría de las fotos han sido tomadas en Barcelona, en los Encantos y en Sant Antoni. Algunas otras de las seleccionadas tienen por escenario Madrid, Lisboa, Sevilla, Estocolmo, Liubliana, Trieste y la interioridad de dos santuarios del libro antiguo, como los de Luís Gomes y Bernard Gaugain. Podrá parecer un elemento exótico. No obstante, nada más lejos de mi intención que el color local o cosmopolita, pues considero que las fotos que aquí se presentan no buscan un lugar con nombre, sino presencia de libro, con humanidad o a solas. Ha habido fotos sacadas en lugares pintorescos, aunque a fin de cuentas podrían haber sido captadas en un rincón de mi casa. Quiero llamar la atención, por último, sobre una foto que corresponde a la nueva localización provisional de Sant Antoni, que se titula *Y el futuro ya está aquí*. Pasará lo mismo dentro de poco con los Encantos, como decimos en el libro. El afán de barbarie de los arquitectos y gestores de la cosa pública en este país

no conoce límites. Nos mantenemos en la convicción, sin embargo, de que un libro, llámese viejo, usado, antiguo o reliquia, contiene de por sí una presencia y una potencialidad de mundos, si en verdad tiene valor, que ningún nuevo rico del urbanismo o ningún político podrán jamás liquidar. La magia del libro que sacude nuestro desconocimiento, la hallaremos en el ejemplar tirado en el pretil, y nosotros, aun entre las grietas hirvientes, extenderemos la mano para rescatarla.

## Í N D I C E

PRÓLOGO . . . . .	7
¿SOY YO UN 'FLÂNEUR'? . . . . .	17
EL HOMBRE QUE RECORTA PAPEL . . . . .	18
SIN COMIENZO, SIN FINAL . . . . .	20
LAS AMANECIDAS . . . . .	21
POR FIN . . . . .	22
A VECES LAS RAÍCES . . . . .	22
SUBASTAS . . . . .	24
TOTAL, POR UNOS LIBROS . . . . .	24
JUNCOS AISLADOS . . . . .	26
PALOMA ATLÁNTICA . . . . .	26
TRISTÁN NARVAJA, LAS PALMAS DE GRAN CANARIA . . . . .	28
EL SECRETO DEL NEGOCIO . . . . .	30
ESCRITORES DE CULTO . . . . .	32
LOS FRÍOS FINALES . . . . .	33
CUÁNDO TERMINÓ EL PASADO . . . . .	34
VENCEJOS DE MADRID . . . . .	35
SALDO Y DESTINO . . . . .	36
LAS COSAS QUE REGRESAN . . . . .	37
ZALAMERÍAS . . . . .	38
DEDICATORIAS POR LOS SUELOS . . . . .	39
PAPEL VATICANO . . . . .	40
LA EXTRAÑA . . . . .	41
RECORTE CON LOS JIMÉNEZ . . . . .	42
BIBLIOMANÍA Y LOCURA . . . . .	43
DIVAGACIÓN SOBRE EL LÍMITE DE UNA BIBLIOTECA IDEAL . . . . .	44
FOTOS DE GENTE CONOCIDA . . . . .	46
ISLAS PURPURINAS . . . . .	46
LA CHAQUETA DE ANTONIO DE SENILLOSA . . . . .	47
FUROR RUMANO . . . . .	47
CUANDO OLVIDAS LO QUE ESTABAS BUSCANDO . . . . .	48
HUELGA DE TRANSPORTES . . . . .	49
EL HAMBRE Y EL FRENESÍ . . . . .	49
LA DE MONTEVIDEO . . . . .	50
LA QUERENCIA . . . . .	51
EL TURCO DE TREBISONDA . . . . .	51
EUGENIO NOEL . . . . .	52
NOEL, ACOSTA, DOS DE LOS NUESTROS . . . . .	53
NUNCA SE SABE . . . . .	54
IMAGEN PRIMERA DE LA MERY . . . . .	54
EL VIOLINISTA DE FEZ . . . . .	55
MANOS HELADAS . . . . .	56
POR TODAS LAS CASAS PERDIDAS . . . . .	57
LAS GRÚAS DE LA EMPRESA SANTA CRUZ . . . . .	57
APENAS SE HABLA DE LO QUE GUSTA . . . . .	59
STABAT . . . . .	60
METEOROLOGÍA . . . . .	61
MONTAÑAS DE PAPEL . . . . .	63
LAS PENAS DERECHITAS AL CIELO . . . . .	64
EL REPENTE . . . . .	66

UN EDITOR EN EL RASTRO . . . . .	67
ERRATAS QUE MATAN . . . . .	68
DE JOTAS Y GES . . . . .	69
LA BIZNIETA DE LEÓN BLOY . . . . .	69
POETAS O NOVELISTAS . . . . .	71
A NOSOTROS TAMBIÉN NOS TOCA . . . . .	72
HABLANDO DE LA MERY . . . . .	73
LA GRACIA EN LOS ESCOMBROS . . . . .	74
EL BUITRERÍO . . . . .	75
CARTA AL LECTOR QUE VENDIÓ SU EJEMPLAR . . . . .	76
FUMANDO ESPERA . . . . .	76
DECAIMIENTO DE UN SÁBADO DE AGOSTO . . . . .	77
SOLITARIOS DE BARRA . . . . .	78
EL MISTERIO ETERNO FEMENINO . . . . .	78
EL AJÍFERO . . . . .	80
LA PREGUNTA . . . . .	81
LA MERY TAMPOCO ESTABA HOY . . . . .	82
BASHO EN SANT ANTONI . . . . .	82
CUANDO EL ALBA TODAVÍA NO TIENE NOMBRE . . . . .	84
LA ESTELA DE UN HAIKAI . . . . .	84
SALIR SIN SALIRTE NUNCA . . . . .	85
QUÉ SE HIZO . . . . .	86
DESPOJOS DE UNO CON MUCHOS AMIGOS . . . . .	87
PRINCIPIOS DE DEDICATOLOGÍA . . . . .	88
CIUDADANO STEIN . . . . .	89
LIBERAL Y FASCISTA . . . . .	90
LAS AMISTADES DEDICADAS . . . . .	91
NOTAS A PIE DE PÁGINA . . . . .	92
UN POETA LLAMADO FERNANDO GONZÁLEZ . . . . .	93
A VECES TAMBIÉN COMPRAMOS POR CAPRICHIO . . . . .	94
ESAS CUBIERTAS QUE VES . . . . .	95
EL COMIENZO . . . . .	96
LOS HUESOS SECOS . . . . .	97
SUBRAYADOS . . . . .	98
CONSULTAS A LA GATA . . . . .	99
OCEANOGRAFÍA DEL TEIDE . . . . .	100
KARMELE . . . . .	101
HIELO Y DESOLACIÓN . . . . .	102
ENCUENTROS DESATADOS . . . . .	103
LA SOMBRA DEL VECINO ES ALARGADA . . . . .	104
AURORAS DE OTOÑO . . . . .	106
LOS CRÍTICOS TAMBIÉN USAN EXLIBRIS . . . . .	107
AURORA AGBAR . . . . .	108
LIBROS Y BARBAS . . . . .	108
LOS DÍAS AZULES . . . . .	110
IMPLORO DE LOS HURONEROS QUE NO ENCUENTRAN NADA . . . . .	111
BUDA SE APARECE A LOS GENTILES . . . . .	112
ANOTACIONES . . . . .	113
VISAJES DE UNA HISTORIA . . . . .	115
RIGORES FILOLÓGICOS . . . . .	117
LIBROS EN CIUDADES QUE NO TE LLAMAN . . . . .	118
PORTARRETRATOS . . . . .	119
EL INVENDIBLE . . . . .	119



NADA, FRÍO, NADA	121
ANTES DE QUE EL AZUL SEA COMPLETO	122
ALGUNAS COSAS SIN IMPORTANCIA	123
¿CÓMO Y CUÁNDO GANÓ USTED LA PRIMERA PESETA?	124
EN LAS 'ESTELAS' DE MANUEL VERDUGO	126
NAVIDAD EN EL ZOCO	126
SÁBADOS	127
LUGARES QUE FUERON TU ROSTRO	128
EN LA ORILLA Y JUNTO A LAS OLAS	130
PRAGA, 50	131
A LOS QUE UNO VE O NO	132
CENIZAS VOLCÁNICAS EN CIUDAD DE GUATEMALA	134
HISTORIAS, BATALLAS, PAPELERÍA	135
¿CONOCE USTED AL CHE GUEVARA ESPAÑOL?	136
SALUDOS	137
JUEVES DE SEVILLA, HÉRCULES EN LA ALAMEDA	139
UNA PARÁBOLA	141
LA CORTE DE LOS POETAS	142
CUANDO SALTA LA LIEBRE	143
CONFESIONES	144
CENSO DE UN DÍA	145
LA BIBLIOTECA QUE SE VACÍA	146
DOMINGOS PINTORESCOS	147
EL CAZADOR ES UN CORAZÓN SOLITARIO	148
LA SABIA DISTRACCIÓN	150
LAS SUERTES	151
RÁFAGAS	152
PERDER EL HILO	153
LA POESÍA CÓSMICA CANARIA	153
EL FORRO INCIERTO DE ALGUNOS LIBROS	154
EL RETRASO	156
OJOS POR DOQUIER	156
FUGACIDAD Y PERMANENCIA	157
DOMÉSTICO MODERNO	158
TODOS FILMADOS	158
LOS LIBROS, LA MUERTE Y LAS MUJERES	159
RASTROS, APARICIONES	160
ANTONIO MACHADO FINAL	161
POCO SUEÑO, MENOS DINERO	162
LAS SOBRAS VENIDERAS	163
TRANSUSTANCIACIÓN	164
PULVIS, CINIS, NIHIL	164
SÁBADO DE GLORIA	165
MERODEADORES	167
LA BIBLIOTECA SECUESTRADA	168
CORNUCOPIA Y SILLERÍA	171
UNA CITA	172
QUIEN MIRA LAS ESTRELLAS ENCONTRARÁ SU ALMA	173
FORTUNA DE APARICIONES	174
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, POETA REPUBLICANO	175
EL TAXISTA QUE COLECCIONA POSTALES DE ZERKOWITZ	175
UNA AMISTAD	176
'L'IMPRÉVU'	178

UNO	179
CORONA	180
EL PECADO FULMINANTE	180
LAS PALABRAS ESCONDIDAS	181
CÁBALAS	182
LA DESCOSTUMBRE	183
SIN RASTRO DE LA MERY	184
LOS SUEÑOS SON LOS MONSTRUOS DEL HOMBRE	184
FONDO DE ARMARIO	185
EN TIEMPOS DE PENURIA	186
DARLE O NO DARLE LA VUELTA A LAS PALABRAS	186
LOS RECIÉN LLEGADOS	187
HOTEL A MEDIANOCHE	188
EL ESPEJO SIN ARGUMENTO	190
EL PRÓLOGO DE LA AUTOBIOGRAFÍA	191
BUSCANDO BECA PARA JAPÓN	192
LUNES DE JUNIO Y NUBLO	193
LOS TROPIEZOS	194
DÍA INVERNAL DE UN AÑO QUE NO RECUERDO	195
SINVIVIRES	196
EL SIROCO SOBRE LOS ENCANTES	197
LA CALLE QUE CONDUCE A LA CASA DE AUGUST STRINDBERG	198
LA DEMASIADA LUZ	200
LANCES DE UN LIBRERO DE OCASIÓN	202
HAY QUE SER AMBICIOSOS	203
ASÍ VIENE EL VIENTO, DE GOLPE	205
EL ESPANTADOR DE ESPÍRITUS	286
SILBIDOS EN EL ZOCO	208
LA VIDA EN LOS TROPIEZOS	209
LOS BUENOS CLIENTES	210
NADA ANOTADO DESDE EL 16 DE AGOSTO	211
MÁS ELEMENTOS PARA MI TEORÍA DEL AGUA	212
FLOREOS	213
LUIS RACIONERO, LIBROS RECIBIDOS	214
POR LA FEIRA DA LADRA	216
VARGAS	217
EL EJEMPLAR DEL PSICOANALISTA	218
SE VENDE SIN SUBASTA A LA VOLUNTAD DE USTED	220
UN LIBRERO ANTICUARIO EN LISBOA	221
SOBRE VIUDAS	222
LOS TÉRMINOS DE LA VENTURA	224
EL REGALO DE UN NOMBRE	225
JUAN 'MARCÉ'	226
MIRA EL RÍO ERA DE NOCHE	227
PEQUEÑO ARRANQUE MEXICANO	229
NO SE ACEPTAN ENCARGOS	230
VENDIENDO LO ROBADO	231
LOS LABERINTOS SON PARA QUE CREZCAN	233
EL AUTOR DEL LAZARILLO	234
HOY ESTAMOS UN POCO MÁS SOLOS	234
EL LIBRO Y LA INTEMPERIE	236
SOSIAS EN LIUBLIANA	237
DÍA DE CAZA EN LAS PALMAS	238

HALLAZGO Y DESPEDIDA	240
LA LETRA HEBREA	240
EL ARTE DE SACARSE LOS LIBROS DE ENCIMA	242
LOS OTROS Y EL OTRO	243
EL ENIGMA DE JOSÉ BENOLIEL	244
LA VIRTUOSA COMPAÑÍA	245
JOLGORIO GOYTISOLANO	247
LIBROS DE BARES	248
LA NÁUSEA	249
LOS AMIGOS, DE LEJOS	250
DEL PLACER Y DEL VICIO DE FUMAR	250
LOS ENTRECEJOS DEL DEUTERONOMIO	251
GENTE RARA	252
POR LA GALERÍA VÉRO-DODAT	253
TODAVÍA BERNARD GAUGAIN	255
LA RÉPLICA DE LAS PULGAS	257
PANTEÓN DE EXIMIOS	259
‘MEUBLÉ’	262
IR PERDIENDO	263
FORT, UN INDIVIDUO LLAMADO ‘FORT’	264
LA MARQUESA (Y EL MARQUÉS)	
Y LOS AMIGOS EN EL PLAZA DE NUEVA YORK	266
AUSENCIAS Y MUDANZAS	267
LOS SUAVES MILAGROS	269
EN LA MANIGUA	271
DE REPENTE EL CALOR	273
LA PÉRDIDA MOMENTÁNEA	275
TENDIENDO TRAMPAS	276
EL PORQUE SÍ	277
RAZÓN DE AMOR	278
ESTO SE ACABA	280
MÚSICA VISIBLE	280
ZOCO DE LAS GRACIAS	283
EN EL DEPÓSITO DE HUÉRFANOS	285
LAS CASUALIDADES, QUE ALGUNOS DICEN QUE NO SON TALES	286
DEL VOLVER SOBRE LOS PASOS	287
SIEMPRE LA PRIMERA VEZ	288
HERMANO CIELO	289
DIOS ES GRANDES, MONTERROSO Y SU CAIMÁN	292
LOS GOLPES QUE SE ACERCAN	294
LA TRITURADORA	295

ESTE LIBRO

*De rastros y encantos*

SE TERMINÓ DE COMPOSER  
UN 29 DE SEPTIEMBRE DE 2011,  
FESTIVIDAD DEL ARCÁNGEL SAN MIGUEL,  
GUÍA DE LOS LIBROS MORIBUNDOS